

CARTAS A MI PADRE*

12 de enero del 1961

(...)

El fin de año hice una excursión a caballo hasta la punta sur de la península de Nicoya. El primer día llegué hasta donde una familia Sánderz [¿Sánchez?], en cuya casa pernocté esa noche. Ellos eran, como la gente suele ser por aquí, sumamente amables y diligentes con uno e hicieron todo lo posible para complacerme. Cuando supieron que yo no como de todo, la señora preparó unas tortillas, coció un huevo y mandó a uno de sus hijos a ordeñar la única vaca que tienen y todo eso para que me sintiera bien.

Para ustedes allá [Suecia] ha de ser difícil imaginar este ambiente. La carretera principal básicamente se compone de un cinturón con profundos surcos formados por las ruedas angostas de las carretas de bueyes - uno avanza por un surco hasta donde ya no se puede más y entonces hay que cambiar de surco y seguir. Existe un único puente en un radio de 50 km y la única forma de pasar por los arroyos y ríos es atravesándolos. Por cierto, recientemente casi se me ahogó cuando me dispuse a pasar nadando con un caballo prestado, a través del cauce de cinco metros de ancho del río Pánica, pensando que todos los caballos saben nadar, pero éste no sabía. Lo tuve que jalar de las riendas y mantener su cabeza fuera del agua hasta lograr pasar al otro lado del río.

Donde la familia Sánderz [¿Sánchez?] mi cama consistió en dos tablas de madera colocadas sobre dos bancas, con un saco abajo [como colchón] y otro saco encima [como sábana]. Estas condiciones son difícilmente imaginables para un sueco, pero así es como ellos viven acá. Sus casas generalmente son de cuatro troncos enterrados en el suelo con un techo construido encima de éstos. El piso es de pura tierra y normalmente no está nivelado.

Al amanecer del primer día ensillé el caballo y proseguí, pasando por Mal País, una localidad (de sólo algunas chozas) en el lado occidental de la punta sur de la península, hasta llegar donde Victorio Mendoza que vive arriba en “El Cabo”, una montaña pedregosa ubicada en la mera punta de la península de Nicoya. Gracias a que gran parte de esta montaña es como una gran pila de puras piedras, es que el bosque originario de este lugar se ha dejado en paz.

El aspecto de este bosque es muy parecido al de los bosques de hayas [*Fagus sylvatica*] de tronco grueso, pero con árboles mucho más altos. Al igual que sucede en un bosque de hayas, debajo de los árboles la tierra carece de vegetación y está cubierta de una alfombra de hojas secas. Hay cientos, quizás miles, de diferentes especies de árboles, pero solamente algunos de éstos pueden identificarse desde abajo y por el aspecto de su tronco. Obviamente, no es posible alcanzar las hojas ni las flores.

*Extractos de cartas que don Nicolás envió a su padre Hugo en Suecia, quien reprodujo algunas partes de éstas con su máquina de escribir para compartirlas con el grupo del Círculo de Speleby. Traducidas gentilmente del sueco al español por Joakim Olson y Tommy Asberg, con la colaboración de Jaime García.

Entre estos árboles se encuentran tres especies de frutales silvestres. El árbol con las frutas más grandes se llama *Calocarpum mammosum* [*Pouteria sapota*]. Las frutas a menudo tienen 15 cm en diámetro con una semilla oblonga del tamaño de dos avellanas. La pulpa es de un color rojo oscuro, suave, muy rica y llena bastante (quita el hambre). Además, hay otra especie que se llama *Diospyros ebenaster* [*Diospyros digyna*]. Su fruta tiene de 6 a 8 cm en diámetro y contiene de 4 a 6 semillas. La pulpa de esta fruta es tan oscura como un mousse de chocolate de los más oscuros y tiene una consistencia y sabor más o menos parecidos. La tercera de estas especies de frutales silvestres se llama *Achras zapota* [*Manilkara zapota*], tiene frutos pequeños, del tamaño de las cerezas y una pulpa muy dulce.

En este bosque pude apreciar por primera vez el rugido del mono congo (mono aullador) "en su casa". Es realmente fascinante. Se escuchan ecos y retumbos por todas partes entre los troncos del bosque.

Todavía existe el "hermano menor" del jaguar, el hermoso ocelote o manigordo; además hay venados, chanchos de monte, tepezcuintles y un tipo de gallina grande parecida al pavo.

Este bosque originario es de unos dos kilómetros cuadrados.

Estuve fuera sólo dos días y regresé a casa bajo la luz de la luna llena, la noche del 2 de enero.

(...)

18 de setiembre de 1963

(...)

Nos encontramos muy bien y estoy seguro de que nadie en las últimas 10 000 generaciones ha tenido una vida tan buena como la que estamos viviendo nosotros en este momento. Quizás no nos creas, pero es verdad. Ninguno de nosotros queremos cambiar esta vida por la de ninguna otra persona, ni siquiera por la penúltima mejor vida que existiera, ni aunque nos dieran mil millones de dólares a cambio.

El único malestar que tenemos es que de vez en cuando aparece un americano, un sueco, un alemán o una persona de otra nacionalidad que nos dicen -después de haber visto nuestra finca-, que les gustaría quedarse por aquí el resto de su vida. Sin embargo, cuando les mencionamos que pueden hacer lo mismo que hicimos nosotros, comprando una finca y sembrándola, nos responden que ya no hay lugares tan buenos como el nuestro para comprar (si fueran inteligentes deberían entender que nuestra finca no era así al principio y que para ello tuvimos que invertir mucho trabajo), que no tienen tiempo para esperar ocho años y que entonces preferirían vivir con nosotros consumiendo nuestras deliciosas frutas.

Nos hemos vuelto tan inhumanos que estamos echando afuera a este tipo de personas en la próxima lancha que pasa por aquí. ¡Tres días con este tipo de personas es demasiado! ¡Uf, qué malo que se ha vuelto su hijo!

De ahora en adelante será peor, puesto que no les ofreceremos alojamiento ni una sola noche. ¿Por qué no mejor darle a doña Tina Sibaja la oportunidad de ganar un poco de dinero con el albergue que tiene en Montezuma?

(...)